



## TRIGO Y CIZAÑA

### DEBATES ÉTICO-POLÍTICOS PARA NO SER ESTÚPIDOS

## ES LA IDIOTEZ FILOSÓFICA DE LA *REINA KRISTINA*, ESTÚPIDOS

***“Es difícil corregir a los perversos,  
y el número de estúpidos es infinito”***

Eclesiastés, 1, 15<sup>1</sup>

No se nos mal entienda, con la imputación de la “idiotez filosófica de la *reina Kristina*” no deseamos ni queremos, en absoluto, faltar el respeto ni a la persona ni a la investidura presidencial que encarna la actual presidenta de los argentinos; y tampoco queremos escandalizar a la inteligencia ni herir la sensibilidad de nuestros lectores que pudieran admirar las dotes intelectuales o morales de la esposa de Néstor Kirchner. Lo que puntualmente intentamos defender aquí es que nuestra “reina Kristina” –si se me permite la expresión, no tan irónica-, está afectada de una categórica e impertérrita “idiotez filosófica”. Y ello ha de ser entendido en el riguroso y preciso sentido en que lo entienden los filósofos griegos que inventaron la filosofía y la política. Ellos utilizaban el término “idiota” (*idiotés*) para aquellas personas que no se ocupaban cabal o apropiadamente de lo político y no se interesaban por los asuntos públicos, sino que estaban preocupados sólo por lo suyo; encerrados en sí mismos; ensimismados, autistas, egoístas y soberbios. Lo cual, se comprenderá aquí, es imputar un cargo grave a Cristina Fernández, que es Kirchner; quien detenta hoy el cargo de la primera magistratura; de la máxima responsabilidad en la democracia republicana, por lo cual, cabe subrayar aquí, la convierte en la primer servidora pública, y ello la obliga –hoy por hoy- a empeñarse en ser lo menos idiota posible.

Sabemos que la carga de la prueba de esta tesis que defendemos, implicará nadar contracorriente de lo que circula como un presunto saber sobre las dotes intelectuales de nuestra presidenta; al menos tal como lo expresan las usuales opiniones públicas o publicadas entre nosotros. A pesar de la dificultad de remontar esos prejuicios *positivos* sobre la inteligencia y la moralidad –o, lo que es lo mismo, la moralidad de la inteligencia- de Cristina de Kirchner, confiamos poder consignar suficientes razones de peso para cimentar tamaña imputación. La dificultad de nuestro intento estriba en que, para ello, tenemos que neutralizar las razones y testimonios sobre los presumidos quilates intelectuales de nuestra presidenta. Y es que tanto los voceros oficialistas como las críticas opositoras se refieren a CFK como “inteligente” o como una “intelectual brillante”, y otras alabanzas de tenor análogo. A partir de sus “discursos” o “relatos” sus alocuciones se ponderan como piezas oratorias que ostentarían un fulgurante brillo intelectual.

Puesto en el contexto político vernáculo, quizá se pueda dar cuenta de estos elogios al modo de hablar de nuestra “reina Kristina”, por aquello de que en el país de los ciegos el tuerto es rey. Y, no hay dudas respecto del brillo retórico de la presidenta de los argentinos, si uno lo compara con la lengua desaforada de Néstor K, el lenguaje patotero de Guillermo Moreno o las expresiones obscenas y escatológicas de Luis D’Elía, entre otras “perlas” del

---

<sup>1</sup> Traducción de la versión latina de “Los Setenta” ( la *Septuaginta*)



lenguaje “político” que los argentinos cultivamos. Es por ello que solemos dar por sentado que Cristina Fernández de Kirchner, sea considerada con semejantes atributos intelectuales. Y, bien visto, no es para menos, si, efectivamente, uno compara la capacidad discursiva de la presidenta y ex legisladora, con la pobrísima calificación intelectual y moral de la gran mayoría de los congresistas que, hasta ayer, la acompañaban en su cometido legislativo nacional; o de quienes la acompañan hoy en la actual gestión gubernativa. En este contexto hay que hacer la honrosa salvedad de un puñadito de excepciones, que confirman la deshonrosa regla. Y esto es así porque, en su gran mayoría, nuestros diputados, nuestros senadores, o nuestro variopinto menú de funcionarios de diverso escalafón y pelaje, cotidianamente hacen gala de su impúdica ignorancia y de su obscena corruptela moral.

Legítimamente el pueblo quiere saber de qué trata la vida política en la que vivimos, nos movemos y somos, y para ello es imperativo que los gobernantes, día a día, rindan públicamente cuentas de los actos de gobierno, pues ellos impactan directamente en la calidad de la vida del mismo pueblo. Y a la hora de evaluar el cumplimiento de esa obligación política de informar al soberano, contamos con copiosas pruebas de cómo nuestros representantes y gobernantes, las más de las veces, hacen gala de su supina incapacidad de enhebrar dos o tres ideas –si es el caso de que tengan tantas-, dando inagotables muestras de no saber ni hilar dos frases sensatas. Pero, desde el trono y el atril monárquicos, hoy espasmódicamente Kristinista, el discurso se presenta como el blindaje del proyecto de transformación de la Argentina. Escudados en la épica retórica de un autoproclamado y confeso modelo o proyecto *nacionalpopulista* argentino, el grandilocuente *relato K*, abre el paraguas, y se autoinmuniza a toda crítica. Pero, obras son amores y no buenas razones, como bien dice el dicho, y ¿cuáles son las obras en que se expresaría el Proyecto o Modelo K?

Veamos, pues, una ristra de “realizaciones” de estos proyectos o modelos monárquicos que supimos conseguir; arranquemos de los ya viejos “cuentos chinos” llegando a las renovadas fabulaciones de los dibujos de los números del IndeK, pasemos por las coimas de Skanska -entre varias otras pingües fechorías debidas a ObedienciaDeVido-; o, evoquemos la bolsa del baño ministerial -el Miceligate-; o trajinemos escandaletes como la valija de dólares “bolivarianos” -el “AntoniniWilsongate” (o Ubertigate); el delirio del “tren bala”, la estatización de Aerolíneas Argentinas, o los presuntos narco-aportes a la campaña electoral de CFK, el veto presidencial (léase de la Barrica Gold) a la protección de los glaciares, etcétera, etcétera. Ante ello uno no se resiste a parangonar las presuntamente vistosas y bellas vestimentas intelectuales y morales de la pareja real argentina con el traje de aquel monarca del cuento, que paseaba orgulloso y altanero su patética desnudez. Y es que el matrimonio Kirchner, contrariando el más elemental sentido de pudor, no ha vacilado en atropellar el espíritu de las leyes, el estado de derecho y las instituciones de la república democrática argentina, hasta degradarlas a una monarquía sudaKa, entendida como un bien ganancial o de familia, al estilo “cosa nostra”, si uno presta atención a los patoteros y capitalistas –o patoteros capitalistas- del círculo más íntimo de la monarquía pingüina; de Rudy Ulloa y Luis D’Elía a Cristóbal López, Lázaro Báez y el banquero Eskenazi... entre otros agraciados por las prebendas y canonjías monárquicas.

Y hoy, después de la vernácula “guerra gaucha” y de los globalizados “lunes negro” de la bancarrota mundial, con necedad, tozudez y contumacia, los Kirchner siguen haciendo



ostentación de la misma desnudez de proyectos y de propuestas de políticas de estado; porque, es claro, desde la crasa idiotez no se puede hacer política. Y esa idiotez (im)política, afirmamos aquí, asienta hoy sus reales, valga la ironía, en la “idiotez filosófica de la Reina Kristina”. Y, para dar razón de lo dicho, apelamos a una rara ave *filosófica* del peronismo, el bien criollo Alberto Buela<sup>2</sup>; y su rareza y singularidad consiste en que es un peronista *pensante*. Este filósofo argentino, ha proporcionado lúcidas pistas para desenmascarar la idiotez filosófica de la *reina Kristina*. En un texto titulado “*Claros Oscuros del Congreso de filosofía de San Juan*,” nuestro filósofo peronista denunció la mascarada de ese encuentro que se realizó en la provincia de San Juan -entre los ya lejanos “idus de julio” del 2007, en los prolegómenos de la campaña electoral por la presidencia-; encuentro que fue bautizado rimbombantemente como un “II Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía”. “Y aquellos que estamos en el *métier*, dice Buela, nos resistimos de entrada a participar porque veíamos en él la manipulación de dicho congreso por parte del gobernador de San Juan (Gioja), quien lo pagó, para que sirviera de plataforma de lanzamiento del ‘proyecto político-filosófico de Cristina Kirchner’”.

Ante ese auditorio “filosófico” nuestra “reina Kristina” no pudo ser más categórica y elocuente cuando sentenció, con su usual vehemencia y didactismo: “*soy hegeliana*”. Y doña Kristina, seguramente, no llega a atisbar hasta qué punto esa afirmación suya, dicho hegelianamente, es –dialécticamente- verdadera y falsa al mismo tiempo. Es “materialmente” verdadera porque expresa cabalmente –con el rigor y la universalidad del *concepto* (der *Begriff*) hegeliano, las ínfulas del *Espíritu Absoluto* (der *absolute Geist*), que se consume, precisamente, en el proyecto “filosófico político” del espíritu en su absolutez, verbigracia en el *Absoluto Yo* que –hegelianamente- es un *Nosotros Absoluto*. Y este autismo absoluto o absoluto ensimismamiento, nombra la máxima expresión de “idiotez filosófica”, la de una *política de la mismidad*, la política de “un yo que es un nosotros y un nosotros que es un yo”, dice Hegel.

Una de las claves de esa “política de la mismidad” hegeliana se expresa en un combate a muerte en que se trenza el yo enfrentado a otro yo, una autoconciencia enfrentada a otra autoconciencia; es lo que Hegel describió en la “dialéctica del amo y del esclavo”. Pero un peldaño dialéctico más arriba, se da la dialéctica del espíritu ascendiendo hacia la autoconciencia absoluta; hacia el Saber Absoluto, en la que ese Yo Absoluto se hace presente en esa misma lucha por el reconocimiento, pero no ya en el combate entre autoconciencias subjetivas, sino cuando el enfrentamiento se produce entre los espíritus “objetivos”, los “espíritus de los pueblos”; el Nosotros Absoluto, que es la superación de la “moralidad” subjetiva kantiana en y por la elevación de la “eticidad” objetiva hegeliana. Y es en este contexto en el que la filosofía jurídica y política de Hegel culmina con una descripción filosófico-histórica de una “ontología de la guerra”. La “política de la mismidad” se consume,

---

<sup>2</sup> Alberto Buela consagra sus mejores esfuerzos a la docencia y la investigación en filosofía antigua (Platón, Aristóteles, etcétera), y, simultáneamente, libra sus combates en las arenas del pensamiento iberoamericano, y, más particularmente, oficia de filósofo de la CGT, aun hoy –aunque maltrecha-liderada en su “ala” más fuerte por Hugo Moyano. O sea, no es la suya una crítica (filosófica) incubada por un gorila, por un oligarca, o por un “gilito del barrio norte”.



dialécticamente, en esa “guerra que es necesaria”, dice Hegel, replicando a la afirmación de Heráclito: “la guerra es el padre de todas las cosas”.

Tomado hasta ahí, efectivamente, pareciera que el guión del relato belicoso y de la práctica política beligerante del matrimonio Kirchner los hubiese escrito Hegel. Pero, no es así, en absoluto. La *política de la mismidad* como *ontología de la guerra* del alemán se hace en aras del despliegue de la Idea, encarnada en el Estado; una “totalidad ética”, que supera esa conflictividad crónica de un juego de suma cero, en el que afirmo mi identidad o mismidad negando la del otro. Y el gravísimo problema de la *idiotez filosófica argentina* de nuestra reina Kristina es que la guerra o el conflicto K, es la guerra por la guerra misma. La política es la guerra *porque* no es un momento negativo en el itinerario hacia el Saber Absoluto. La diferencia entre Hegel y Kristina es que el alemán parte de Sí Mismo –el “conócete a ti mismo” del oráculo de Delfos es el mandamiento absoluto, dice- para retornar a Sí Mismo, por la mediación de lo Otro que sí mismo; la presidenta argentina, en cambio, parte de Sí Misma y retorna a Sí Misma negando y destruyendo todo lo que no sea Sí Misma. Es la diferencia de una *Política de la Mismidad* (hegeliana) que pretende un Saber Absoluto por medio de una “docta ignorancia” (lógica dialéctica mediante), y una *Política de la Mismidad* que se pretende un Saber Absoluto haciendo ostentación de una crasa ignorancia de una superficial y superflua necesidad (frívola soberbia mediante).

1.887 Palabras